DE LA HUELLA SIN PIE
Sergio Mansilla
Ediciones Barba de Palo
Valdivia, 1995. 87 páginas

Sergio Mansilla nació en Achao, Chiloé, en 1958. Comenzó su formación de escritor en el Taller literario "Aumen" de Castro en 1975 y realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Austral de Valdivia. Actualmente reside en Osorno, donde hace clases en la Universidad de Los Lagos y finaliza un doctorado en la Universidad de Washington en Seattle, Estados Unidos, a donde tiene que ir cada cierto tiempo. No menciono estos datos gratuitamente: se trata de un poeta del sur de Chile, sin que ello signifique que estemos ante una poesía "pintoresca" y sin que esa condición geográfica-cultural no le permita ser un poeta latinoamericano en Chiloé, Osorno, Valdivia o Seattle. Pienso, además, que tener en cuenta los lugares donde Mansilla ha vivido es fundamental: se trata, a mi juicio, de una poesía que hace constante referencia a los lugares que ha visto y vivido. Si Enrique Lihn nos habló de su obra como una poesía "situada", es decir, como textos en directa relación con la circunstancia de sus enunciados, la poesía de Sergio Mansilla retoma y reelabora esa idea. No por azar nos dice, en la "Nota autobiográfica" que cierra el libro, que ha vivido "(...) siempre en los lugares primeros de la vida", palabras que pueden funcionar como definición de lo que su poesía persigue.

De la huella sin pie está marcado, en muchas de sus páginas, por una necesidad de mencionar: hacer del poema una suerte de rito del nombramiento. Mansilla, además de ser perseguido por los lugares físicos que lo han marcado, es constantemente interpelado por los lugares poéticos (libros, poemas, autores) en lo que, gracias al familiarmente extraño hecho de leer, ha podido leerse a sí mismo. Es por ello que, junto a la geografía, está la glosa o la paráfrasis de otros textos, la cita, la reflexión sobre la poesía como oficio y como lugar de transfiguración: la mención y el reconocimiento de esa gran "huella" que han dejado como testimonio muchos poetas, ese ***"instante imperceptible / en que nos deshacemos permaneciendo"***. Yehuda Amichai y Pedro Lastra; Juan Luis Martínez y Juan Gelman, Pioner Square y el lejano Chiloé que a estas alturas, y gracias al delirio lúcido del desterrado, se ha convertido en ***"una historia contada por un borracho"***.

Hay, a ratos, cierta desesperación, venida, precisamente, del hecho de no poder nombrar: ***"No sé el nombre de este lugar y no conozco a nadie / aquí"***; ***"Nada es tan estremecedor como un cuchillo / silbando en la ausencia / en mitad del atardecer tornasolado"***; ***"Me duermo sobre / una calavera rosada / y en sueños escribo / sobre ceniza / mi oración"***. Pero este nombramiento no es el realizado por el amo, como nos lo

advierte Maurice Blanchot; si para el pensador francés el lenguaje es, por definición, poder y el que nombra es el amo cobarde que necesita saber ante lo que está para doblegarlo, el poeta nombra, en contrapartida, para establecer "una relación pura, ajena a cualquier dominio y a cualquier servidumbre" (M. Blanchot: ***El libro que vendrá***). Es, precisamente, esta dimensión del lenguaje que el poeta intenta rescatar, un lenguaje tan ajeno al cauce común de las palabras, tan alejado de la prosa del mundo que sea ***"invisible hasta para Dios mismo que todo lo ve"***. Porque casi todo en esta poesía, incluso sus preocupaciones sociales e históricas, se encuentra animado por la necesidad de la constatación: el ir y venir simultáneos, la paradoja del morir permaneciendo, la llama que arde hace siglos bajo el mar, los labios de los hombres llenos de eternidad: ***"Puro monocorde sonido de animal que somos, / que la tarde lame sus leones con más paciencia que el agua"***.

MARCELO PELLEGRINI
Universidad Católica de Valparaíso